

Juan Ruiz, o el vehículo de aprendizaje literario de Leopoldo Alas

La transcripción y publicación en 1985 del periódico manuscrito *Juan Ruiz*¹, que había sido custodiado más de ochenta años por la familia de Adolfo Posada, nos permite penetrar por vez primera en los orígenes juveniles de la vocación de escritor de Leopoldo Alas, su autor, pues si su fondo trasluce continuamente al adolescente que lo redactó, su forma evidencia ya, en cambio, un notable grado de madurez. Publicado semanalmente —luego dos veces por semana— entre el 8 de marzo de 1868 y el 14 de enero del año siguiente (cuando tenía Leopoldo dieciséis y diecisiete años) por un «autor único» llamado Juan Ruyz —más tarde, Ruiz—, quien, a pesar de haber *empleado*, en su calidad de *redactor-jefe* del periódico que lleva su nombre a dos *colaboradores* más, Mengano y Benjamín, es, como él mismo dice al final, «un solo joven verdadero y muy listo por más señas», el texto de este «*periódico humorístico*» se caracteriza por una gran complejidad de composición. *Muy listo*, en efecto, fue su autor, quien iría ensayando a lo largo de sus páginas una variedad de técnicas narrativas y creando asimismo una pluralidad de voces, entre ellas las de algunos imaginarios lectores. Esta obra, inédita hasta hace poco, acerca de la que ya he publicado un comentario preliminar², le serviría de instrumento de autoaprendizaje al joven asturiano, cuyo crecimiento como escritor puede bien percibirse a lo largo de sus cincuenta números.

Aprende imitando. Tanto en su forma —número fijo de páginas, encabezamientos, orden de materias, secciones fijas— como en su fondo —escritos en prosa o verso, completos o incompletos, fragmentos y a veces continuaciones—, cada uno de los ejemplares de este periódico es una miniatura expresamente diseñada sobre el modelo de algunas publicaciones satíricas de la época. Esta diversidad dentro de la uniformidad de los números que, como cincuenta eslabones de una cadena, integran la colección, permitirá al joven aprendiz desplegar sus talentos literarios en un abanico de direcciones, algunas de las cuales evidencian, en el volumen total que ahora tenemos ante la vista, los primeros pasos del desarrollo artístico de su autor como resultado de su voluntarioso empeño de llevar a cabo regularmente lo que se había propuesto. Dentro del molde formal adoptado, la colección completa del periódico muestra también una evolución interna al reflejar el paso de las estaciones del año, fiestas religiosas, sucesos públicos

¹ *Transcripción, introducción y notas de Sofía Martín-Gamero, Madrid, Espasa-Calpe.*

² «Juan Ruiz *al descubierto*: Un inédito de Leopoldo Alas», *Insula*, Año XLI, núms. 470-471 (enero-febrero 1986), pp. 12 y 26.

locales, nacionales y aún internacionales, acontecimientos literarios, la prensa ovetense y madrileña con la que finge polemizar, e incidentes personales, más o menos encubiertos, de la vida de Leopoldo Alas. Sin duda pueden advertirse incongruencias y falta de continuidad en las páginas de *Juan Ruiz*, pero la colección entera del periódico constituye sin duda una unidad, ya que el último número remite formalmente al primero, cerrando así su autor el proyecto que se había propuesto.

Lejos de convertirse en una monótona rutina, la disciplinada regularidad con que se escribieron los números de *Juan Ruiz* parece haberle otorgado a su *listo* autor infinitas oportunidades para experimentar, no sólo con diversas formas de versificación y de técnica narrativa, sino también con una enorme variedad de voces que, tanto en cada número del periódico como dentro de cada uno de los escritos que éste contiene, le lleva a crear una multiplicidad de puntos de vista al mismo tiempo que afirma con creciente seguridad el suyo propio. Así, uno de los elementos más interesantes en *Juan Ruiz* es el diálogo, que invade la obra entera en todas sus facetas: entre personajes ficticios, *dramatis personae*, voces poéticas; del redactor-jefe con sus suscriptores (no desprovistos de pretensiones literarias muchos de ellos), con amigos y conocidos, con escritores verdaderos —vivos o muertos—, y con sus dos colaboradores principales, Mengano y Benjamín, cada uno de los cuales, a su vez, introduce el diálogo en el interior de sus respectivos escritos. En definitiva, siendo todo ello ficticio, puede reducirse a una especie de incesante diálogo de Juan Ruiz, es decir, del joven Leopoldo Alas, consigo mismo —un ejercicio que le prepara para la actitud polémica del futuro crítico Clarín, así como para la creación de personajes y de perspectivas plurales en los cuentos y novelas de su madurez. Es este aspecto del aprendizaje de nuestro escritor el que quisiera comentar aquí, fijando la atención sobre todo en los primeros números del periódico.

Antes de la aparición, en el número 17, de las primeras colaboraciones de Mengano y Benjamín, la voz de Juan Ruyz —probable anagrama hecho con letras a la inversa de AlaS Y UReña³— domina las páginas del periódico donde, además de utilizar el diálogo dentro de sus diversos escritos en prosa y verso, dialoga constantemente consigo mismo a través de unos desdoblamientos curiosos, así como también en textos que evidencian una incesante preocupación por el proceso mismo de escribir. Ya en esta primera fase, el *poeta* Juan Ruyz muestra una notable habilidad mimética para parodiar diferentes tipos de versificación⁴, introduciendo con ello una gran diversidad de temas y tonalidades. Además de incorporar en numerosos poemas el diálogo, se dirige en varias ocasiones al lector o los lectores, o a algún destinatario específico⁵, creando de este modo una sensación de diálogo. A veces su parodia estilística le lleva a terminar una

³ El apellido se escribe así, con y griega, hasta bastante más tarde (véase mi estudio «Juan Ruiz al descubierto: Un inédito de Leopoldo Alas», donde comento más en detalle este nombre).

⁴ En un artículo —por cierto, de forma dialogada— titulado «Recuerdos» (núm. 2), el autor se jacta de saber más de retórica que un catedrático suyo. En el periódico *Juan Ruiz*, acá y allá, pueden detectarse indicios de que uno de los impulsos que movieron al joven Leopoldo en su proyecto fue el deseo de mostrar, aunque fuera en el ámbito reducido de su publicación, sus propias capacidades literarias frente a profesores mediocres, estudiantes de más pretensiones que dotes y frente a las ramplonerías de la prensa, en especial la de la futura *Vetusta*.

⁵ Por ejemplo, «A Gea-Rusell» (núm. 4), o «A un suicida (Octoendecasílabos)» (núm. 8).

composición supuestamente elevada con un chiste o especie de chascarrillo,⁶ para establecer una ruptura —y contraste— de tono. Se produce semejante contraste cuando el poeta, conversando consigo mismo, comenta su propia obra⁷.

Dado que la carrera literaria de Leopoldo Alas fue la de un prosista y no la de un poeta, es natural que nos interese ante todo en esta primera manifestación de su actividad —el periódico *Juan Ruiz*— el examen de los escritos en prosa que contiene y que, por lo demás, son de calidad superior a la de los versos. Como en éstos, se advierte en la prosa de *Juan Ruiz* una gran variedad de temas y tonos, aunque predomina en ella la intención satírica. Se encuentran ahí, en narraciones breves, en bocetos, en pequeñas dramatizaciones, en retratos, en biografías y en artículos diversos, diálogos puestos en boca de interlocutores personalizados o no, lo cual constituye evidentemente un ejercicio preparatorio para la obra futura de Alas. Aparte de estos diálogos internos, Juan Ruyz mantiene uno continuo con sus supuestos lectores, dirigiéndose frecuentemente a ellos como «V.V.», «señores» o «señores y señoras», fórmula retórica que el crítico Clarín usará más tarde en sus artículos. Muchas veces Juan Ruyz dialoga consigo mismo en una especie de autorreflexión, asumiendo incluso la postura de criticar su propia labor de escritor⁸.

La voz que domina esta primera fase del periódico es, según queda señalado, la de Juan Ruyz mismo, quien firma con este nombre los artículos de entrada y además da a una sección fija el título de «Cosas de Juan». Aunque la mayor parte de los otros escritos no llevan firma, se supone que son también producto de su pluma. La última sección «Correspondencia de Juan», está firmada; casi siempre, con las iniciales L.A.U., que son, claro está, las de Leopoldo Alas Ureña, remitiendo así a la identidad del hombre real. En esta sección se mantiene una copiosa correspondencia con multitud de imaginarios suscriptores, identificados por sus iniciales⁹ y diseminados por todo el globo terráqueo, con la cual se supone contesta a cartas recibidas acerca de asuntos que el periódico ha tratado o que se relacionan con él, creándose de este modo la sensación de voces

⁶ Como en el caso de «... Cayeron!!!», poema dirigido a Fabio, donde una lista de serias caídas termina con la de «mi gata [que] cayó de un cuarto piso» (núm. 1); u «Otro sonetazo (Como el de marras o peor)», donde el terrible dolor que sufre el poeta resulta ser causado por el ama, «que no puso orinal bajo mi cama» (núm. 8).

⁷ Así la tercera parte de «Una junta local» termina con el comentario parentético «Gracias a Dios que se acabó» (núm. 16).

⁸ Citándose a sí mismo de joven en el número 2, dice: «También yo, cuando hacía pinitos en literatura, escribía sobre la esclabitud [sic] y me acuerdo que uno de mis artículos empezaba: "Monstruos europeos oíd mi voz y temblad porque ella es el eco de Dios que vibrará en lo más recóndito [sic] de vuestra conciencia..." Lo que va de ayer a hoy». En «Más música (Esta es la celestial)» se despide con «Sí, señores, está escrito, y si no carta canta» (núm. 7); y al final de «¿Y bien?» escribe: «El articulillo no tiene gracia. Ni malicia» (núm. 8).

⁹ Sirve de excepción el caso de Teodoros, emperador de Abisinia, personaje real a cuya supuesta carta —citada en el número 7— contesta Juan Ruyz en la sección de Correspondencia del mismo número (comento esta relación más detalladamente en mi antes citado estudio de Juan Ruiz «MDNM»). Aunque muchos de estos suscriptores deben de ser creaciones ficticias, es posible que correspondan algunas iniciales con las de personas reales. En esta fase de Juan Ruiz aparecen las del autor —«Dn. L.A.U. (París)»— una vez, en el número 4.

que no oímos directamente, pero a las que se responde, tal como si escucháramos una conversación telefónica mantenida en nuestra presencia con un interlocutor distante. Para dar la sensación de múltiples voces, se citan, a veces, versos aparecidos en la prensa, o bien poemas de conocidos suyos¹⁰, que Juan Ruíz no deja de comentar. Incluye asimismo con comentario versitos —también imitativos— compuestos por suscriptores, que los han enviado espontáneamente al periódico¹¹. En cierta ocasión un poema largo, titulado «Manifiesto. El color negro», lleva la firma de «*Un patriota*» (núm. 13), sugiriendo así un autor distinto. Otro poema largo, una graciosa composición titulada «Amor y física» y firmada por «*Galileo*» (núm. 9), se supone que ha suscitado una queja por parte de un suscriptor a quien le había devuelto Juan Ruíz una composición; éste explica en el número siguiente que su decisión de publicar el poema impugnado la había adoptado por razones de «compañerismo», pues, «ese estudiante y yo andamos juntos desde que nacimos», palabras que refuerzan la identidad del redactor-jefe y autor llamado Juan Ruíz con el estudiante y autor Leopoldo Alas. Dicha identidad se establece ya desde el comienzo, en la decidida declaración «Presente» del primer número del periódico, donde, al comentar su nombre personal, dice: «Yo soy estudiante, y no de los peores, no porque yo lo diga, que aquí está Juan Ruíz que no me dejará mentir». En las «Cosas de Juan» del mismo número se presenta un curioso diálogo —una especie de autoentrevista— entre dos interlocutores no denominados, que reafirma dicha identidad. En efecto, según antes se dijo, el periódico entero viene a ser una prolongada y multifacética conversación de Leopoldo Alas —o Juan Ruíz— consigo mismo.

Hemos señalado cómo, tanto en la prosa como en la poesía, el diálogo de Juan Ruíz consigo mismo puede emplearse en un breve, pero incisivo, comentario sobre su propia obra. En algunos de sus escritos en prosa este tipo de autocomentario se amplía hasta llegar a convertirse en uno de los temas de la composición, enfocando a la vez la materia tratada y la manera de tratarla. Se percibe que muchas veces, cuando se pone a redactar un trabajo, no tiene todavía clara idea de adónde se dirige, ni de cómo ha de rematarlo, lo cual es probable que sea bastante normal en el trabajo periodístico. Incluso la composición de cada número parece dictada por un espontáneo movimiento asociativo, como se puede apreciar, por ejemplo, en el número 7, donde el artículo de entrada, «¡Música, música!», acerca de su gusto por este arte, es seguido de una despedida a la ciudad de Oviedo que, para enlazar con dicho artículo, titula «Más música (Esta es la celestial)», prestándole un tono de himno o cántico; y todavía apela a motivos musicales en una composición poético-jocosa. En cuanto al antes mencionado progreso de la escritura por vía de tanteo e improvisación, puede servir de muestra el último comentario en la sección «Cosas de Juan» de ese mismo número, donde se lee: «He estado meditando un cuarto de hora para hacer un soneto de despedida, y no quiso salir». A esta actitud ten-

¹⁰ En el número 2, por ejemplo, cita el comienzo de unas quintillas escritas por un amigo suyo —uno de los muchos malos poetas citados en Juan Ruíz— que dice haber quemado.

¹¹ Por ejemplo, el «anuncio en verso, como los de Casielles», mandado por «un fino español», o «esta composición más larga todavía [sic] que el verso de Hebia», incluidos ambos en el número 11.

tativa corresponde asimismo el hecho de que a veces anuncie proyectos cuya ejecución ni siquiera inicia, o que abandona una vez empezados¹².

El tema del proceso de escribir reaparece con frecuencia. El punto de partida del antes citado artículo «¡Música, música!» es el del estado en que debe hallarse un autor para escribir —el «*caprichito*» peculiar suyo¹³—, siendo el de Juan Ruyz la música. Según avanza la redacción del artículo, el autor se encuentra en un aprieto: «Estoy en un terreno difícil», dice. «O doy un corte al artículo, o de lo contrario me meto a cuestiones peliagudas. Me decido por lo primero. Pero quisiera que el corte estuviera dado con gracia.» Luego, tras volver a leer lo que ha redactado, pronuncia su juicio: «creo que difícilmente pueda escribirse nada más insípido en tierra de cristianos. Y, sin embargo, en mi mano está el dar animación a estos párrafos diciendo... Pero no, no lo digo». El artículo «Fígaro y La Menais» (núm. 12) brega con el problema de cómo el crítico debe organizar y presentar por escrito sus pensamientos tras haber terminado un libro: «¡Cuántas ideas se agolpan en mi cerebro después de tan interesante lectura! ¿Cómo coordinarlas para fijarlas en el papel? ¡Oh, de ninguna manera! Es demasiada empresa, pero las presentaré como se presenten». El primer capítulo de la novela «El que tragó el molinillo» (núm. 13) empieza con un aparte al lector donde, al comentar el *etcétera* de la primera línea («La noche era oscura como etc...») revela una despierta conciencia estilística acerca de lo que tiene entre manos. Y la conclusión de «Los Bañistas (cuadros al fresco)» (núm. 16), artículo paródico redactado en Gijón, sugiere una correlación entre el inesperado dramático final y el calor que está sufriendo su autor: «Anda, anda, dirán VV., el pobre Juan Ruyz se ha vuelto loco, ¡un articulillo de baños convertido en una escena patibularia digna de Parreño! ¡Pobre Juan Ruyz! Tienen VV. razón, ¡pobre Juan Ruyz! el calor le ha trastornado el juicio». «¿No les gusta a VV. cómo acaba el artículo?», pregunta a continuación, pasando a hablar de las consecuencias de un final diferente, para volver a quejarse luego del calor: «¡Y a mí qué mal me sienta el calor! ¡Y a VV. qué mal les sienta el artículo!».

Los tanteos y experimentos narrativos de la primera fase de *Juan Ruyz* van adquiriendo con el tiempo cada vez mayor seguridad y madurez. Todas las características que hemos enumerado al estudiar esa fase se mantienen, intensificadas aún, en el resto de la colección. La incorporación, a partir del número 17, de otras dos voces identificadas —las de los redactores ovetenses Mengano y Benjamín— aumenta más todavía la tendencia a la diversificación de puntos de vista y a la utilización del diálogo. Cada uno

¹² En el número 8, anuncia los títulos de los tres primeros volúmenes de una proyectada Biblioteca de Juan Ruyz, uno de los cuales —«El que tragó el molinillo (novela)»— empezará a publicarse en el número 13, quedando suspendida esta publicación a partir del número 23. De los otros dos títulos no volverá a hablarse. El mismo número 8 anuncia: «En el próximo número (si sale) empezaré a publicar una serie de artículos titulados "De hombres célebres, biografías celebérrimas". —La primera será "El Marqués de la Ensenada". Por supuesto que puedo dejar los tales artículos cuando me dé la gana a mí o a otras personitas, sin que VV. se ofendan por eso.» De hecho, las cuatro primeras entregas de la dicha biografía aparecerán en números sucesivos, todas con promesas de continuación. Sin embargo, en el mismo número donde se inserta la última, la sección «Cosas de Juan» se cierra con la siguiente declaración: «Ya me lo temía yo. Tengo que suspender las biografías, pero en cambio publicaré «El que tragó el molinillo», que les ha de hacer a VV. apretarse el vientre con las manos; basta que yo lo diga».

¹³ «Tener un gato en el regazo» (Paul de Kock), escribir «panzabajo» (Manuel del Palacio), «una semi-borrachera» (Fernández y González)...

de ellos se autodefine en el primero de sus respectivos poemas: «Yo soy así (letrilla)» de Mengano e «Himno neo. (Música la del de Riego)» de Benjamín. L.A.U. los invita a incorporarse a la redacción en la «Correspondencia de Juan» del mismo número, diciéndole a Mengano, como en respuesta a una comunicación anterior: «Ya ves que publico tu letrilla»¹⁴. Uno y otro van dando a conocer sus versos y sus prosas. L.A.U. se niega a contestar a un suscriptor acerca de la identidad de ellos¹⁵. El *amo*, mientras tanto, tras reafirmar su preferencia por la ortografía de *Ruyz*¹⁶, opta finalmente en el número 26 por la forma de *Ruiz*¹⁷, algo que coincide con una creciente normalización de la caprichosa ortografía del periódico. Al mismo tiempo la Revolución de Septiembre inyecta, a partir del número 23, un elemento serio de política que predominará hasta el 40, donde se anuncia, en las «Cosas de Juan», que «Juan Ruiz piensa desde hoy dedicarse menos a la política y más a la literatura», decisión que coincide con la publicación de los primeros dos capítulos del «cuento raro» titulado «El caramelo».

Aunque los dos nuevos redactores no han sido diseñados con rasgos totalmente contrapuestos, ya que comparten entre sí y con Juan Ruiz ciertas preferencias y actitudes, sin embargo a cada uno se le presta una fisonomía distinta. Benjamín tiene un tío llamado don Tomás, a quien, según cuenta en el artículo «Mi tío y yo», explica su decisión de hacerse redactor de *Juan Ruiz* para combatir «esa plaga de chiquillos audaces, tontos, ignorantes y necios» de Cimadevilla (núm. 19)¹⁸. Se declara admirador de Quevedo¹⁹. Confiesa no entender la política «tal como hoy anda por España», explicando así su silencio durante unas semanas, durante las cuales dejó «el puesto al amo y a Mengano» (núm. 37). Si Benjamín conversa con su tío, Mengano invoca a su abuela, doña Sopalanda Mangaestrecha de Tontuna, cuya opinión acerca de la libertad de cultos registra en el número 25. En «Una noche de bureo» (núm. 28) se retrata a sí mismo obedeciendo al «regente» de *Juan Ruiz*, quien le ha mandado, bajo órdenes del amo, que lleve un original para ese mismo número (en este artículo la obra escrita consiste una vez más en describir el proceso de su composición). Igualmente en «Con dolor de muelas» (núm. 31) se presenta en trance de escribir un artículo para el que le da tema su propia situación²⁰. En el empleo de estos recursos retóricos que involucran el tema del artículo con el proceso de su redacción, el personaje Mengano se encuentra, en efecto, próximo al personaje Juan Ruiz, quien también en esta parte, como en anterior-

¹⁴ Parece que tuvo Juan Ruyz un cambio de idea al publicar esta poesía con la firma de Mengano, pues en la «Correspondencia de Juan» del número 15 se encuentra la siguiente comunicación: «D^a L.N. (Bolívia). Su letrilla "Yo soy así" acaso la publique. Gracias a Dios que me mandan algo bueno».

¹⁵ En la «Correspondencia de Juan» del número 18 leemos: «Dn. J.L.F. (Moscow). ¿Pregunta V. que si Mengano, Benjamín y Juan Ruyz son tres nombres distintos y un solo hombre verdadero? Lo que V. quiera».

¹⁶ L.A.U. se dirige a un suscriptor al final del número 21: «¿V. opina que Ruyz se escribe Ruiz y no Ruyz? Y yo lo contrario».

¹⁷ «Sigo creyendo que está mejor Ruyz que Ruiz, pero la moda va por el lado contrario y hay que ir con la corriente», comenta a continuación en las «Cosas de Juan».

¹⁸ Benjamín —le contesta L.A.U. a un suscriptor al final del número 22— no es literato de Cimadevilla».

¹⁹ «Yo estuve en la prisión de Quevedo», escribe en «¡Quevedo!» (núm. 21), algo que recuerda la estancia juvenil de Leopoldo Alas en León, donde el poeta estuvo preso.

²⁰ «¿Qué haré yo ahora para desfogar mi mal humor? —se pregunta, al volver a casa con el persistente dolor de muelas. —Escribir un artículo para Juan Ruiz todo lo peor que pueda. Y si el amo se incomoda me incomodo yo, y si riñe riño y me separo de la redacción».

res ocasiones, saca partido de tales recursos, según puede verse en «¡Me aburro! (Artículo-fantástico-filosófico-burlesco)» (núm. 22), donde el aburrimiento le inspira para escribir el artículo. El título de éste nos recuerda la declaración inicial de Juan Ruiz cuando afirma haber decidido iniciar la publicación de este periódico para distraerse —o sea, matar el aburrimiento— los sábados por la noche, propósito que una vez cumplido le llevará a cerrar la empresa, poniendo fin a dicha publicación.

Todos esos desdoblamientos en personajes diversos remiten por supuesto a la identidad radical del autor, quien hace que su «amigo» Juan Ruiz, en el artículo «De babero» (núm. 33), vaya a felicitarle el día de su santo. En medio de todos estos juegos —ingeniosos, pero todavía con la ingenuidad de la adolescencia— contenidos dentro del vehículo de aprendizaje que fue *Juan Ruiz*, Leopoldo Alas produjo un gracioso cuento completo —aquel titulado *El caramelo* (núms. 40, 41 y 42)— que, con su complejo uso artístico de voces narrativas diversas, es sin duda digno precedente de los muchos relatos que habría de escribir a lo largo de su carrera literaria el mejor cuentista español del siglo XIX.

Carolyn Richmond

Media docena de tratados y un apéndice sobre la felicidad

1. Referencias de principio

La felicidad o noción o anhelo de felicidad no parece ser un tema adventicio, sino que está como espejismo relampagueante o posibilidad realizable al principio y término de todas nuestras acciones. La historia de la idea de progreso y de mejora de la especie humana no se concibe o no tendría mucho sentido sin un incremento constante de la noción de felicidad. Salvo particularidades de índole sadomasoquista o condicionantes involuntarias, puede afirmarse de manera elemental y sin género de dudas que a la gran mayoría de los seres humanos le apetece —o exige, lucha, sueña— ser «feliz», aunque no sepamos aún a ciencia cierta en qué consiste tal estado y ni siquiera si existe o puede existir, e incluso en el supuesto anterior de las psicopatologías sadomasoquistas —introduzcamos el adecuado principio de confusión y relativismo— también se per-